

El entorno y la vocación del escritor

Antonio Pereira

SEÑORAS y señores: El título de mi aportación a este I Congreso de Cultura Berciana contiene unas posibilidades muy amplias. El escritor y el artista en general reciben "la llamada" en medio de unas circunstancias, y explorar el grado en que influyen esas circunstancias sobre la vocación, a través de los tiempos y los lugares, sería tarea para rato. Desde la vastedad del tema me reduciré a algunas reflexiones sobre mi propia inclinación a la literatura, inclinación que considero alentada decisivamente por los rasgos físicos, culturales y humanos de mi país.

El país del Bierzo es una demarcación bien señalada y reconocible, donde la naturaleza se muestra estimuladora de la serenidad y la introspección, condiciones necesarias para que un hombre se haga preguntas y trate de transmitir sus respuestas (o sus dudas) a los demás. No importa que el progreso y las comunicaciones, la minería y la industria, hayan aplicado su inevitable cirugía sobre las zonas más activas. En el Bierzo, los valles de silencio caen muy a mano y las rosas se dan cerca del carbón, si ustedes me perdonan esta mínima salida poética. El Bierzo es un buen lugar para los ojos. Para los sentidos, digamos mejor. Y no es que yo crea ciegamente en la eficacia inmediata de estos "alimentos" para la movilización del artista. Cualquier poeta o escritor conoce esa invitación, bienintencionada pero excesiva, "¡Hala, aquí sí que vas a inspirarte!", cuando lo acogen en la casa amiga que tiene terraza, o huerto ameno, o vistas al mar. No, yo no creo que esos estímulos operen como mano de santo. Creo, en cambio, que la lenta, cotidiana frecuentación de la belleza ayuda a la vocación del escritor, y puede hacerla irresistible cuando coincide con una fuerte predisposición a lo imaginativo. Algunos hemos tenido esa predisposición, y las palabras -porque las cosas existen cuando se nombran empezaron a inquietarnos con su magia. Por ejemplo, el indicador ponferradino que señalaba: "Al Campo de las Danzas" (una de mis primeras obsesiones poéticas, creo que nunca lo había confesado), sugeridor, el letrero, de Dios sabe qué ritos de los celtas o de los astures. Por ejemplo, en el topónimo de Fombasallá: "Fombasallá es un nombre en que resuenan / bombas de gran palenque, lejanísima pólvora", que escribiríamos muchos años después. Es verdad que, a veces, el desmentido sobrevénia como un desengaño. Hablaban de una cruz cubierta de piedras preciosas

(quizá era de Peñalba), una cruz valiosísima que era "toda ella de azófar"; y este azófar, misterioso y como de las mil y una noches, encendía mi fantasía primeriza hasta que supe que decir azófar es lo mismo que decir de latón. Pero no es lo mismo, no, porque no hay verdaderos sinónimos. Y en todo caso, yo empezaba a barruntar que en las palabras estaba la posibilidad de labrar por mí mismo los objetos, de hacerme paisajes para mis ojos, caminos para unos pies que nunca fueron muy aventureros. Reconozco lo exiguo de los resultados, pero creo que pronto, y movido por el escenario natural que me rodeaba, tuve clara la potencialidad del lenguaje, que es la esencia del oficio de escribir.

A la vocación del escritor contribuye no menos la tradición cultural. Ningún artista, ni siquiera el genio, se puede considerar tan aparte -tan señero, en la conveniente acepción del término- como para esquivar la deuda que lo ata a sus predecesores. "¿Te crees poeta -interrogaba Schiller- porque escribes en una lengua culta y trabajada, que hace los versos por ti?". En el Bierzo hubo culturas celtas y romanas, monasterios sabios (más que monasterios ricos), templarios que viajaban y traían y llevaban saberes, peregrinos a Compostela que hacían parada y fonda y acaso olvidaban un objeto personal que encendía la curiosidad de las gentes (es idea que debo a Luis López Álvarez, el poeta de La Barosa), más los marquesados y colegiatas del Renacimiento, los frailes polígrafos del XVIII, los poetas románticos del XIX. Y no importa que estos valores sean algo lejano y brumoso, agua pasada en los molinos del tiempo. Ni siquiera importaría que el más nuevo de nuestros escritores, de la generación que ojalá nazca a la literatura coincidiendo con este congreso, prefiriese desentenderse de las raíces. Sin él quererlo, sin él saberlo, estará respirando un Bierzo culto y fluyente que puede ir desde los itinerarios de Egeria a los de Pérez Caramés, de las quejas de San Valerio a las antífonas de Mestre.

Yo les debo mucho a mis antecesores bercianos. Don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo tenía una figura romántica, usaba barba blanca, andaba con una capa un poco maltratada y lo atribuyo a una voluntad de estilo inconformista y rebelde. Don Antonio Carvajal era abuelo de Mariano y de Marita Caro Carvajal, la hoy señora de Halffter, es un dato que debe decirse cuando el contexto del relato es el Bierzo, y don Antonio fue quien propició mis primeras salidas en letra impresa. Me dijo que para escribir, había que leer. El joven lector no tenía muchos recursos, pero se ve que algo o alguien ordenaba las cosas para que mi caso no tuviera remedio... Los padrinos de bautizo solían elegirse entre los tíos del bautizado. A la hora de venir al Bierzo y al mundo, yo tenía tíos electricistas, tíos herreros y afiladores de fouciños, tíos que en las fiestas soltaban los globos grotescos. Pero de todos los tíos, el que me tocó para la cristianadura era el tío impresor y librero. Tomás Nieto impresor me habrá dirigido la palabra no más de cuatro veces en toda mi vida, pero me dejaba estar horas y horas en un rincón de la trastienda leyendo los libros de la librería, y yo los leía

enteros, salvo los que venían con las hojas sin cortar, que éstos había que leerlos unas páginas sí y otras no, y así se explican las lagunas de mi formación. Allí estaban las *Sonatas* de Valle-Inclán, calentándome el seso -y un poco, quizás, el sexo- con aquella Niña Chole que en una noche tropical recibía de su amador "siete copiosos sacrificios"; y estaba la mejor narrativa del mundo en los pliegos -éstos sí, abrideros y cómodos- de la colección *Novelas y Cuentos*; y el *Conde Lucanor* y los clásicos del Siglo de Oro. Estoy hablando de mí mismo, pero trato de elucidar el Bierzo. ¿Cómo es posible que en el Bierzo, en un pueblo de 4.000 habitantes hubiera una librería así? Esto me lo han preguntado a veces. Y yo ya no me atrevía a decir que también estaba el Conde de Lautréamont con sus *Cantos de Maldoror* o *El Movimiento VP* de Cansinos Asséns, o toda una serie de novelas de Vargas Vila que lo deslumbraban a uno con sus lampadarios y canéforas, con escenas turbadoras donde Hugo Vial, artista y exquisito, le quitaba a su amada el corsé y como olas de un mar de nieve los dos globos de alabastro brotaban insumisos... Más tarde, cuando había que estar al día -el Pascual Duarte, los Nadal, que empezaban a darse en Barcelona- se me abrió una línea de crédito o préstamo, y nunca mejor dicho, porque esto ocurría en una casa de banca. En Villafranca teníamos una banquera, doña Rosario Pol, con un escritorio establecido en una vasta pieza única donde se hablaba de letras a 90 días y del tráfico del vino y de las castañas, pero yo creo que se hablaba, sobre todo, de las novedades literarias. Por aquellas manos me llegaron Carmen Laforet y otros productos de la época.

En Ponferrada sí que debía de haber bibliotecas -pensábamos-, porque Ponferrada era mucha ciudad. "Ponferrada se me alcanza / como un salón encendido", escribía el poeta Ramón González Alegre. Y en Ponferrada estaba, por supuesto, el Instituto de Segunda Enseñanza donde nos examinábamos con el talante disminuido de los que van por libres. En Villafranca estudiábamos en los largos inviernos de la calle del Agua y frente a la casa donde naciera Gil y Carrasco, bajo la tutela de un cura -don Manolo Santín- que desdeñaba las ciencias y él mismo soñaba con publicar sus novelas. En años republicanos suprimieron el Instituto de Ponferrada y los exámenes fueron en León. Yo no había estado en León. Nos pidieron una redacción sobre la catedral famosa, y yo sólo la había vislumbrado -con susto- en las sombras de la noche anterior. No me acobardé y sentí mi orgullo berciano, el soplo secreto de los antecesores. No sabía nada sobre el tema pero allí podía escribir, ¡escribir!, y claramente influido por don Acacio Cáceres Prat, autor de *El Vierzo con uve*, me arranqué con una frase que entonces me pareció redonda, por no decir inmortal: "La intrépida locomotora silbó". Conté el viaje en el fragoroso correo de Galicia, deslicé ascuas y sierpes, y al final, a las puertas mismas de "La Pulchra" ("La Pulchra Leonina", esto sí lo sabía yo) me excusé de no poder seguir "por razones de espacio". Temprano me llegaban las malicias del oficio, antes que el oficio mismo.

He hablado hasta aquí, a sabiendas de que no puedo ser exhaustivo, sobre algunos de los factores de mi vocación. Quizá circunstancias parecidas hayan rodeado la iniciación de otros escritores nuestros; acaso no. La literatura del Bierzo presenta muchos registros -clásicos y románticos, fabuladores y realistas, sabiamente eclécticos... -como es rica y variada la geografía en que se desarrolla. En el altozano de Lombillo frecuente Valentín García Yebra la mejor poesía de todos los tiempos, pero raro sería que en un arrebató lírico perdiese el académico su sentido de la medida. El autor de *El señor de Bembibre* la perdía un poco (por amor) cuando subido a la meseta de Pieros exclamaba que si en vez de verse por el norte unos montes monótonos y cerrados, se viese el mar, aquel sería "uno de los más hermosos puntos del globo". Un exceso, el de don Enrique Gil y Carrasco, impensable en don Ramón Carnicer, ejerciente de una lucidez cartesiana y crítica, salvo, naturalmente, cuando tocan a vagar por el mundo de la fantasía y la ficción...

He espigado estos pocos ejemplos. Ampliar el análisis sería sobrecargar la marcha de estas sesiones. Mi bosquejo ha pretendido ser, sobre todo, el recuento de algunas deudas que un escritor le reconoce a su país. No quisiera terminar sin preguntarme en qué medida puede el escritor disminuir el monto de esas deudas. El Bierzo y la literatura son empresas que hacemos entre todos, y el primer deber que a uno se le ocurre es la solidaridad con las voces -sobre todo las más jóvenes- que se levantan pidiendo cauces y páginas impresas y altavoces. El entorno propicio, con ser mucho, no basta si la palabra del escritor no alcanza su destino, y ese destino no es otro que la publicación. Mucho más que el mejor premio o flor natural o medalla: la publicación. Sería bueno que la resonancia de este Primer Congreso alcanzase con resultados prácticos e inmediatos a las instituciones, excitándolas a este género de ayuda. Un segundo cometido está en ayudar nosotros, como escritores, al desarrollo de la vida y a la prosperidad del país: no en los temas puntuales, como ahora se dice, porque para eso están los políticos, pero sí en una misión de galvanización y engrase de los mecanismos que articulan nuestra identidad. Y en fin, la última y quizá principal posibilidad que se me ocurre para corresponder con nuestro pueblo es la de seguir sencillamente la vocación y ejercerla lo mejor posible. "La meta de todo artista es detener el movimiento, que es la vida, por medios artificiales, y fijarlo de un modo que cuando un extraño contemple su obra un siglo más tarde, ésta se ponga en movimiento, puesto que es la vida". Me gusta mucho esta teoría de Faulkner, en su discurso de recepción del Nobel. Me gustaría que dentro de cien años, cuando alguien leyera un poema o un relato mío, el Bierzo de mi tiempo se echara a andar como el engranaje de nuestra herrería de Compludo: despacio, acompasadamente, como un martillo pilón.